conviccion ó por miras interesadas. ¿Es posible que todo se haya disculpado, que los mayores crímenes se hayan atribuido á ciertas teorías de suyo estraviadoras, que se haya siempre alegado la inesperiencia, la fogosidad, las ilusiones, es decir, que se haya siempre procurado poner á cubierto la moral del hombre y respetado su intencion, y solo en tratando del clero se haya tenido el empeño de presentarle sin convicciones, suponiendo que obraba por meros intereses?

Con mucho tiento es menester que ande el gobierno siempre que trate de tocar semejantes materias: un yerro en este punto seria inescusable. Ya no estamos en aquellas épocas en que se alarmaba fácilmente á los monarcas y á los pueblos, poniéndoles á la vista como un espantajo el engrandecimiento del poder de la curia romana; ya no hay ni pretesto siquiera para hablar de ecsageradas pretensiones de la corte de Roma; solo se trata del Catolicismo, de los derechos inherentes á la cátedra de San Pedro, de puntos de disciplina acatados en toda la Iglesia católica.

En Francia, ¿no triunfó la revolucion? ¿no es Luis Felipe el monarca de Julio? Y véase no obstante, si se trata allí de entrometerse en el sagrado de las conciencias: véase cómo no prevalece allí aquel espíritu pequeño y rencilloso, inspirado por el maligno aliento de los discípulos de Port-Royal, ó por el mal humor y desabrimiento de canonistas ilusos. Y es que allí se ha palpado que es una desgracia inmensa el subordinar las altas miras de un gobierno á las miserables miras de algunos sectarios; el ser un gobierno el instrumento de la ambicion de unos pocos hombres, el eco del resentimiento de algunas personas que se creen agraviadas; es que allí se ha conocido que un gobierno pierde su dignidad, su influencia, se rodea de embarazos, de obstáculos, de compromisos, al momento que so pretesto de conservar y estender prerogativas, se hace esclavo de las inspiraciones de un puñado de disidentes; pero que nada pierde de su elevacion, nada de su poder, nada ha de sufrir de humillante, cnando respeta las augustas prerogativas de aquel que en nombre de Dios ejerce su vigilancia pastoral por los los cuatro ángulos de la tierra.

Esta es la política grande, generosa, digna de un gobierno que se halla al frente de una nacion como la española. ¡Qué pequeños, qué niños parecen aquellos hombres que en el siglo actual, despues de la conflagracion espantosa que ha puesto la Europa á pique de disolverse, hacen resonar todavía aquel acento rencoroso que es ahora un palpable anacronismo! Disimuláralo yo á la caducidad que se alimenta de viejos y gastados recuerdos, al orgullo herido que

mira cómo se levanta lozana una nueva generacion á cuya altura no puede encumbrarse, al mérito falso y postizo que por estraña casualidad, y como por sorpresa, se hubiese apoderado del título de verdadero; pero á la verdadera sabiduría, al verdadero talento, al hombre que sea capaz de ser grande entre los grandes, que no haya de temer los sistemas francos y generosos, que no haya de cimentar su reputacion sobre circunstancias escepcionales, que para figurar y medrar no necesite las épocas de rencillas y disenciones, que no haya de conservar su nombradía como débil pantalla sostenida por los partidos, solo por ciertas miras y quizás con burlona sonrisa; á este tal no se le consintiera, no se le perdonara: tú te olvidas de quién eres, le diria, te oscureces, te achicas.

Fijados ya los dos puntos capitales que nunca debe perder de vista el gobierno, indicado con toda claridad el espíritu que en esta parte debe presidir á su conducta, observaré que lo primero que debe hacer el gobierno, es salir cuanto antes sea posible del terreno de la política. ¿Qué? ¿os parece esto una paradoja? Escuchad. Las naciones que tienen gobierno representativo, mayormente si es desde poco tiempo, adolecen por lo comun de una falta, y es el tratar demasiado de política: siempre están con los ojos sobre el gobierno, siempre sobre las formas políticas, asemejándose al que se entretuviera siempre en contemplar y retocar una máquina, y no cuidase cual debe de la elaboracion de las manufacturas. Este es un mal muy grave que es preciso remediar, ó á lo menos disminuir; no conviene ocuparse tanto en esto, bien así como andaria mal encaminado quien hablase continuamente de su complecsion, de su construccion orgánica, del régimen de vida que le conviene, y descuidara el cumplir sus obligaciones, olvidando sus tareas y no mirando por sus intereses.

El tratar demasiado de política, el hablar siempre de constitucion, de leyes electorales, diputaciones, ayuntamientos, &c., &c., tiene el inconveniente de que hace fermentar los partidos, da orígen á otros nuevos, escita recuerdos desagradables, divide los ánimos, provoca disturbios y trastornos, y despertando la ambicion, franquea la puerta para que hombres indignos puedan subir á los altos puestos del Estado. Es de la mayor importancia penetrarse de estas verdades: afortunadamente no puede decirse que no se sepa en qué pasar el tiempo: el arreglo de la hacienda, la formacion de los códigos, de buenos planes de educacion y enseñanza, los establecimientos de beneficencia, el fomento de la agricultura, industria y comercio, ofrecen por cierto espaciosa arena donde podrán campear el talento, el saber y la esperiencia. Conviene, pues, lo mas pron-

to posible, corriendo, digámoslo así, salir del terreno político y pasar á ocuparse de otras materias donde puedan realizarse mejoras positivas, prácticas que desciendan hasta aquella parte del pueblo que trabaja, paga, sufre y calla: es menester mas práctica, mas positivismo; basta ya de esas cuestiones que tan á propósito son para tenernos en continuo sacudimiento, en ese sacudimiento que hace sobrenadar en la superficie lo mas vano, lo mas ligero, que hay entre nosotros, mientras está oculto en el fondo todo lo que hay de mas grave y precioso. Y á la verdad, ¿quién no se pasma al ver tantos hombres improvisados, mientras yacen en la oscuridad tantos otros por muchos títulos respetables?

Ni ecsiste en España como en otras partes un cuerpo de nobleza, que por su posicion y circunstancias, pueda ejercer mucho influjo sobre los destinos de la nacion; ni la ley fundamental le reconoce como cuerpo político, ni el espíritu del siglo está en tal sentido, ni las costumbres de España, quizá las mas populares y niveladas de Europa, se avendrian con una aristocracia que solo contara con títulos de nacimiento; sin embargo, entre nosotros, como en todas partes, no deja de haber una considerable porcion de ciudadanos que por la íntima fuerza de las cosas se levantan con muy justos títulos sobre el nivel de sus compatricios. La propiedad muy cuantiosa, con tal que no recuerde una fortuna improvisada con malas artes; la capacidad estraordinaria, ó á lo menos muy distinguida; los grandes servicios hechos al Estado, ó el haber ocupado por largo tiempo los puestos mas eminentes, y tambien un nacimiento de antigua é ilustre alcurnia, son circunstancias que por mas que se diga, rodean á la persona de cierto esplendor y le grangean la confianza y el respeto de los pueblos. Una ley en cuya formacion hayan ellos intervenido, un decreto donde se lea su firma, una alocucion, un proyecto donde figure su nombre, adquiere á los ojos del público cierto realce que no deja de contribuir en gran manera á que los resultados en beneficio del pro-comun sean mas prontos, mas amplios y mas cumplidos.

Por desgracia en la actualidad, como sucede siempre despues de grandes revueltas, se hallan oscurecidas, ajadas, las reputaciones, y apenas se nota que figuren tantos hombres, que sin duda parece que tienen á ello algun derecho. En una nacion como la española, ¿será posible que no se halle una porcion numerosa de hombres, que habiendo encanecido en distinguidos puestos, hayan recogido un respetable caudal de saber y de esperiencia? ¿No conocemos á muchos? ¿no habrá varios otros en quienes nadie piensa á causa de haberse ellos mismos condenado de propósito á la oscuridad, ó de

haber sido envueltos en ella despues de arrumbados por tan continuados vaivenes? Esta es una especie de aristocracia que yo desearia que se respetase; este es un cadáver que se habria de reanimar despreciando á miserables habladores que todo lo tachan de trasto viejo é inútil, que sin miramientos de ninguna clase prodigan á los hombres mas respetables todo linage de apodos. Tengo esperanzas en la generacion que entra; pero tampoco quisiera que dejáramos de aprovecharnos de la que pasa; porque las canas infunden mucho respeto, porque algunos hombres que se llaman gastados, precisamente han de haber conocido el pueblo español, á quien han podido estudiar por largo tiempo, y es escelente maestro una larga esperiencia. En una nacion bien arreglada todo se aprovecha, todo sirve, y en circunstancias como las nuestras todo se necesita.

¿Cuándo saldremos de este círculo de reacciones, causándose con cada una de ellas la caida de millares de hombres que se quedan sin pan, y que de consiguiente están siempre preparados para empeñarse en promover una nueva reaccion por el sencillo motivo de que con ella encontrarán de comer? ¿cuándo se dejará tiempo á los hombres que ocupan los puestos para enterarse siquiera de los negocios mas comunes? Con esa inconstancia, con esa movilidad, con esos sacudimientos tan recios, ¿cómo queremos que nada prospere, que nada se arraigue?

Triste es á la verdad nuestra situacion, triste perspectiva nos ofrece el porvenir; pero una esperanza debe alentarnos. Hay en el fondo de nuestra sociedad algunos elementos de vida, ellos se mueven, rebullen, ¿y por qué no podrian nuevamente fecundar nuestro suelo? Si este es el terreno clásico de las anomalías, ¿por qué no podremos esperar una anomalía feliz, anomalía que tendria su orígen en esos elementos de vida, que aunque ofuscados y casi perdidos de vista, no dejan de hallarse entre nosotros en bastante abundancia?

No olvide nunca el gobierno que nuestras discordias intestinas son profundamente sociales; no olvide que bajo la contienda política hay lucha de ideas é intereses que afectan lo mas íntimo de la sociedad, y que ésta no se cambia en poco tiempo, sino con el transcurso de muchos años y con el influjo de poderosas causas. La violencia, la precipitacion, el espíritu reaccionario con que se ha obrado en España de tantos años á esta parte, confundiéndose monstruosamente las ideas y encarándose de golpe los sistemas mas opuestos, ha producido una situacion tan singular y estraordinaria, una confusion tal, que apenas se atina cómo será posible introducir en ese caos el órden y concierto. De una poblacion á otra poco distante, de un pais á otro su limítrofe, de una clase á otra clase, se no-

tan en las ideas y costumbres diferencias tan enormes, que no parece sino que se pasa de repente de una nacion á otra la mas estraña del mundo. Mas ó menos, sucede algo semejante en todas partes; pero tanto como entre nosotros en ninguna; porque ni han mediado causas para ello, ni se ve que así lo indique el curso de los sucesos. Aquí hay todas las opiniones, todas las escuelas, hombres de todos los siglos: españoles que pertenecen al tiempo de Cárlos II, tropiezan frecuentemente con partidarios de la convencion. Y no obstante, si ha de haber gobierno, si ha de haber nacion, es necesario arreglarlo todo, armonizarlo todo, ver cómo se puede conseguir que vivan en paz, sin chocarse y sin hacerse mil pedazos, enemigos tan violentos é irreconciliables.

Cuando las naciones se hallan en situacion tan difícil y espinosa, cuando es tan estraordinaria la complicacion de las circunstancias, son muy vanos los planes de los hombres; y es preciso escuchar con suma desconfianza las promesas y los consejos de los partidos. El único medio que queda al gobierno es aprovechar por de pronto todo lo que puede servir, es cuidar de que no se destruya mas; y para la marcha sucesiva no adoptar esclusivamente este ó aquel sistema, sino apelar á los grandes principios conservadores de la sociedad, á aquellos principios que no son esclusivamente de ninguna escuela, que no son nuevos, sino antiguos como el mundo, ecsistentes desde la eternidad en el tipo de toda perfeccion, comunicados á las sociedades como un soplo de vida. No han variado estos, no han desaparecido de la sociedad española: circulan por ella como su sangre, conservándole la escasa vida que le resta despues de tantos padecimientos. *Razon, justicia, buena fé;* estas son las palabras que debe escribir el gobierno en su bandera, este es el polo que nunca debe perder de vista: y en seguida levantar velas con entera confianza, y arrostrar los bramidos de las pasiones que se agitan en su torno. Dejar á los partidos que clamen; bien pronto parecerán miserables insensatos que se arrojan al mar en pos de un navío para detenerle en su marcha. Gritarán, prodigarán dicterios y amenazas; pero la nave proseguirá magestuosamente su camino: ellos tendrán que volverse á la orilla, y murmullando de despecho desaparecerán de la escena. Que no es el acaso, no, quien rige los destinos del mundo: Dios vela sobre la suerte de los individuos y y de las naciones, y su benéfica y omnipotente mirada suele fijarse sobre el infortunio.

LA PRENSA.

Las luchas de la prensa periódica, son una necesidad á que deben sujetarse todos los partidos, todas las opiniones. Que sea, como se ha dicho, la lepra de las sociedades modernas, ó que se la considere como uno de sus mas preciosos esmaltes; que se parezca, como se ha dicho tambien, á la lanza de Aquiles, curando con un estremo las heridas abiertas con el otro, ó que las deje sangrando, sirviendo solo á ecsasperarlas, lo cierto es que la prensa es un hecho, y un hecho indestructible. Con mas ó menos libertad, reina en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, y en gran parte del Continente de América; y con mas ó menos trabas ejerce influjo poderoso en los demas paises donde no ha podido conquistar todavía semejante predominio. En Alemania, á pesar de estar aquel pais bajo un sistema de represion, es, sin embargo la prensa una verdadera potencia; pues aparte la libertad con que se discuten las cuestiones literarias, científicas y religiosas, no dejan de pesar mucho en la balanza política, la opinion, las noticias, las declaraciones, y hasta las indicaciones de los periódicos.

Vuélvase la vista en todas direcciones, y en todas partes se observará el mismo hecho. Una asociacion política está incompleta, mejor diremos, desarmada, si no cuenta con un periódico que la defienda; un ministerio siente flaquear el terreno que pisa, si no alcanza á tener en su apoyo algunos órganos de la prensa; la diplomacia no puede preparar y ejecutar acertadamente una combinacion, si no posee un periódico que, segun las oportunidades, declare, indique, ceda, proteste, á manera de plenipotenciario sin credenciales